



Mis raíces. Mi camino

Crevillent cuenta con la celebración de Semana Santa más atractiva, porque la devoción y el fervor se respiran en cada rincón de la ciudad



“Y es que Crevillent, en su austera elegancia, representa, para ese niño de hace 50 años, criado al amor de una familia clásica, el reducto misterioso de sus padres, de las calles retorcidas”



Pregón de la Semana Santa 2007



En Crevillent existe una trascendencia que se apoya en tres columnas, que asientan en el recio carácter del crevillentino, honrado, trabajador, fiel

Senyores i senyors.

Estimats amics.

Quan a primers del mes de desembre, un grup d'homes de Crevillent, presidits per En Francisco Polo, em visitava a Alacant per a notificar-me la decisió de la Federació de Cofradies i Germanors de Setmana Santa, que jo realitzara el Pregó, em va omplir una profunda emoció.

En uns segons, van passar pel meu cap les il·lustres figures d'aquells que em van antecedir, aquells que, atorgant-me la seua càrrega genètica, em van ensenyar a estimar a Crevillent i a reconèixer-lo com el meu poble.

Vi, en primer torbellino, el rostre de mi padre, quien tantas cosas me había enseñado de la Villa. Mi abuelo Francisco, retratado por Casteig en 1920, en un hermoso óleo cuyo fondo transcribe la esencia de Crevillent, y que preside mi despacho, me aguijoneó el pecho, como si de una opresión anginosa se tratara. Mi abuelo Francisco, cuya sabia figura me ha llevado a rebuscar en archivos y bibliotecas, institutos científicos y universidades, hasta encontrar las raíces y el camino de un hombre tan ilustre. Mis raíces. Mi camino.

Mi abuelo, en su casa de Alicante, sentados alrededor de la mesa camilla, me narraba cómo curiosamente había llegado a la conclusión de una nueva tinción que facilitaba el estudio sobre la tuberculosis.

Me lo contaba a mí, a un niño de 6 ó 7 años que abría la boca con emocionada sorpresa, percibiendo la oratoria de un viejo sabio que hablaba con acento valenciano, pausadamente, con voz bronca y huertana. Así, en tanto, entre virus y virus, me contaba sus correrías por su viejo pueblo.

Y el nieto, que tenía doce años cuando su abuelito volaba al Cielo, ese Cielo asombroso en donde le esperaban, con los brazos abiertos, su venerado padre, y su queridísima madre, y con el anhelo de correr a ver a su muy amada Virgen de los Dolores, aquella que tantas veces mentara en sus histo-

rias, el nieto, digo, elucubraba un mundo de ilusión y fantasía en torno a ese pueblo maravilloso, el Crevillent de sus ancestros.

¿Cómo no va a calar en el corazón de quien os habla desde esta tribuna, tanto amor y tanta pasión? Como que cada poro de mi piel expele estima, ternura, fidelidad a la tierra de su familia.

Y entre tanto, la Semana Santa transcurre en la infancia como una escena más de la vida cotidiana. Papá, ¿Cuándo vamos a Crevillent a ver las procesiones? No en Septiembre, contestaba mi padre. Y sistemáticamente la exigencia del niño: ¡Es que quiero salir de alabardero! Cuando seas mayor Francisco.

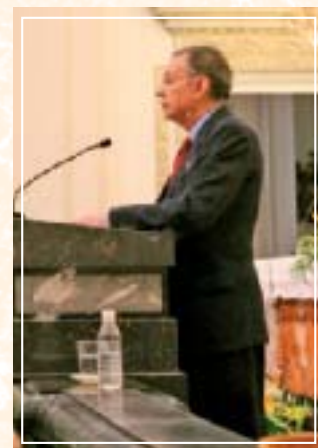
Y este diálogo, con mi padre, y los otros, con mi abuelo, y siempre protegido en el ambiente de amor a la terreta, al poble, a ese pequeño lugar amparado por la sierra, en donde la ternura de sus gentes había transformado la historia de una familia, la familia Magro, els Maltesos, y que contada día tras día a un pequeño e inquieto corazón, capacitado para absorber todas las fábulas, los cuentos, las jácaras del mundo, y con una cabeza capaz de transformarlas en mil historias de ensueño, acabó enamorándolo de Crevillent, absorto en la posibilidad de que un día mi padre me dijera: ¡Aquí tienes tu traje de alabardero!

Pero no fue mi padre, fue Francisco Polo, en representación de la Federación de Cofradías y Hermandades, en representación del pueblo de Crevillent quien me ha regalado el sueño.

Ya sé que no es salir en la Semana Santa de Crevillent vestido de alabardero. Es algo tanto o más importante, es ser su Pregone-ro.

Y, nuevamente, la mirada se desvía al frente, al cuadro del abuelo.

En un rincón, como una pequeña ventana, Crevillent. Corre el aire fresco del ambiente oriental de la villa. En un primer plano, la figura del hombre ilustre. El hombre serio crevillentino. El ambiente se empapa de emociones: Aire, hombre, palmera...Y es que Crevillent, en su austera elegancia,

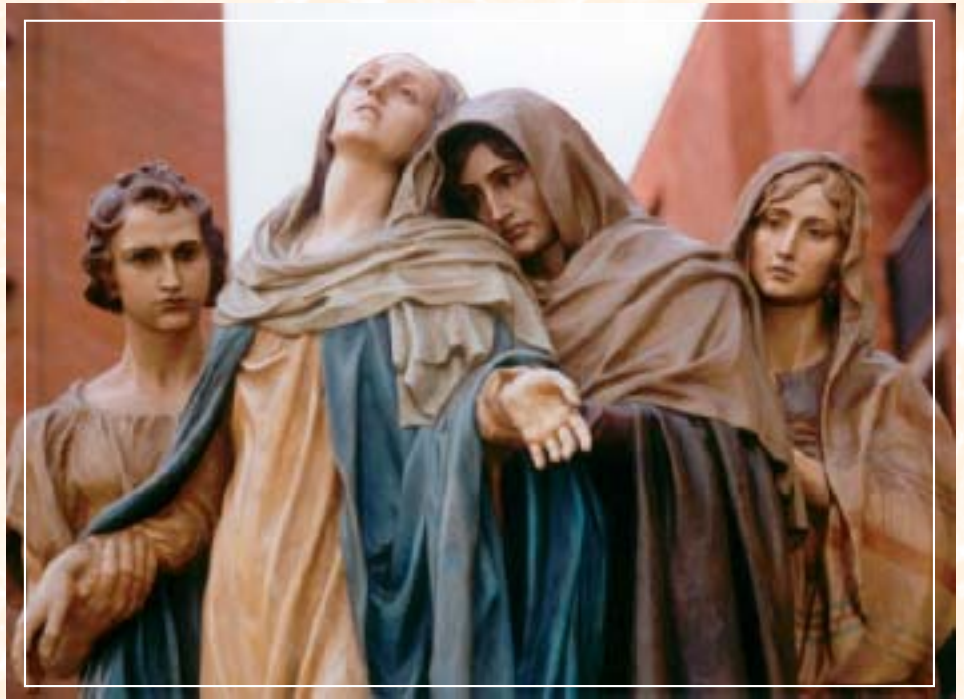


“Tres niñas rubias, bajan con su padre tras del paso de la Madre del Dolor. Se trastocaron los hechos. Otra época, mismos sentimientos. Ahora son ellas, Ana, Paula, Elena, quienes felizmente ansían cantar, como su padre les había enseñado”





“Se tornó la Cruz de Malta, por la Cruz de la Cuaresma, la que luce en lo alto de la torre de la Iglesia Principal, nos toca el corazón y nos llama. Es la señal de la Fé y es la identidad de ser crevillentino”



representa, para ese niño de hace 50 años, criado al amor de una familia clásica, el reducto misterioso de sus padres, de las calles retorcidas, en donde al amparo de la felicidad que aportaban sus gentes, trabajadoras, cultas, se figuraban, en la cabeza del niño rubio, mil y una historias, todas envueltas en los profundos sonos de los clarines. Esas trompetas gigantes que abren el espectáculo más grande del mundo. Es la Convocatoria.

Y Crevillent se teñía, en sus infantiles ojos, de color malva. Y la torre de la iglesia grande, se representaba en las lanzas de los alabarderos, esas que el niño anhelaba tener entre sus manos.

“Papa yo quiero ser alabardero”, es mi memoria que llega hasta los cantos, esos que ya había sentido en mi casa de Alicante, y que se quedaron tan profundamente embudidos en mi corazón, tanto que formaron parte de mi voluntad, como el color de mis ojos.

Quiero ser alabardero, suponía el reconocimiento, infantil e ignorado de la larga historia de un pueblo, que ya existió en tiempo de romanos, con el nombre de Campus Spartarius.

Y hasta ahora. Algunos años después.

Stabat Mater Dolorosa... Tres niñas rubias, bajan con su padre tras del paso de la Madre del Dolor. Se trastocaron los hechos. Otra época, mismos sentimientos. Ahora son ellas, Ana, Paula, Elena, quienes felizmente ansían cantar, como su padre les había enseñado.

Plorans plorans Ploravit... Y una lágrima, no disimulada, rueda por la mejilla, mientras las manos se entrelazan. Allí van, bisa-

buelo, abuelo, padre, hijo y nietas, caminando con la Madre hecha arte por el genial Benlliure, acompañándola en su bajada del Calvario.

Cuando hablamos de Semana Santa, en Crevillent tenemos que profundizar en su concepto. No se trata de una misión lúdica, nacida de la necesidad de atraer al turismo. Ni siquiera de actividad para conseguir un beneficio económico.

En Crevillent existe una trascendencia que se apoya en tres columnas, que asientan en el recio carácter del crevillentino, honrado, trabajador, fiel. Es este carácter del pueblo quien conforta la tradición, la cultura y todo envuelto por la fe. Esa fe que, en este caso, es fundamentalmente religiosa, pero que puede estar estructurada en una creencia del sentimiento íntimo del corazón crevillentino, aunque exento de matices piadosos.

En sí mismo, ¡qué más nos da!, si es el crevillentino quien soporta todo el ceremonial, y todo él se dirige a conmemorar algo trascendental, único en la historia, como es la pasión y muerte del Señor.

Y así, Crevillent cuenta con la celebración de Semana Santa más atractiva, porque la devoción y el fervor se respiran en cada rincón de la ciudad.

La Semana Santa es arte que se plasma en las figuras salidas del extraordinario talento artístico de los grandes escultores e imagineros, y, todas, ensalzadas con los coros que las acompañan, en una explosión de fervor hecho música vocal.

Y es que, la médula de Crevillent está conformada por infinidad de variables que confluyen en la exaltación de esa Pasión, con

mayúsculas, que marcó la historia de la humanidad.

Por esto dice Gemma Guillamón, en un excelente artículo publicado en una reciente Revista de Semana Santa: "Cuando los estudiosos hablan del "relevo generacional", dicho relevo será entendido como consecuencias del proceso de socialización (en el sentido de "apropiación"), a través del cual los hijos aprenden de su interacción con los padres, con la familia, y con el resto de la sociedad, una serie de formas y valores que interiorizan, haciéndolos suyos propios".

Visto desde la filosofía del corazón, existe mucho más. Fenómenos inevitables en la Villa de Crevillent.

Es el propio pueblo quien se transforma en padre y madre, y, sustancialmente, torna los valores interiores, y empapa el corazón del que habita en Crevillent, aunque sea foráneo, un recién llegado a la pequeña patria, transformándolo en esencia del lugar.

Es la tradición la que mueve la montaña de la fe. Y en su fuerza, arrastra y conmueve corazones de otras latitudes, de otras costumbres, de otras formas de pensar; otros proyectos políticos, otras ideas religiosas.

Otras metas, dispares de la idea de origen, se ven atraídas por la fuerza de ese imán que emana del corazón del pueblo.

*"Crevillent, Crevillent,
en los siete días santos
tus hijos vienen de lejos
para rezar en tus brazos"*

Así dice el Romance al Sábado de Gloria, publicado en "Patria Chica" el 27 de marzo de 1953, y cuyo autor, Molina Manchón, sigue diciendo en su verso:

*"El huerto del Canastel
de esmeralda y amapolas,
recibe a la Primavera
niña rebelde y mimosa
que trae un vestido de luces
con alas de mariposa.
San Juan con las tres Marías
en el sepulcro se posan
donde Dios dejó el sudario
luz y verdad en las sombras".*

Y eso ocurre en Crevillent, mas no en otros lugares, en donde adversidades políticas o sociales han mermado temporal o definitivamente la práctica de la Semana de Pasión. En Crevillent, esto no es posible. No es,

siquiera, pensable. Porque es el pueblo, sus gentes, los crevillentinos, quienes llevan escrito es sus cromosomas, cada paso, cada tradición, cada uno de los cantos.

Nacen los niños con el "Stabat Mater" marcado en la esencia. Y esta cualidad se transmite de padres a hijos, y hasta los nietos perciben la fuerza que les impulsa a ser crevillentinos, como sus antepasados. Da igual que ese niño nazca en Crevillent, o en Alicante, como es mi caso. La fuerza de la sangre, que es como siempre se ha llamado a la transmisión genética, te devuelve, como las olas del mar, a tus raíces.

*I per açò jo estic ací ara, en aquest ambón,
inclinat sobre el paper, pensant, reconcentrant
la meua imaginació, que vola cap al
passat.*

Días felices, de niño, con mis abuelos y mis padres, viviendo la Semana Santa de Crevillent. Una historia, como un árbol de profundo raigón, que inevitablemente me mantiene unido a este pueblo.

Pero, ¿qué tiene Crevillent? ¿Qué fuerza, qué seducción, qué imán posee este pueblo, para que una familia, procedente de una isla lejana, la isla de Malta, perdida más cerca de África que de Europa, con un idioma extraño, con una cultura entre fenicia e italiana, al llegar a estas tierras, huyendo de la tiranía francesa a principios del siglo XIX, se sintiera no solamente acogida, si no también integrada plenamente en sus costumbres?

Crevillent les llamaba "los malteses". Como tantos emigrantes actuales llegaron y se sintieron en su propia patria.

Yo soy uno de ellos, cinco generaciones después. Se tornó la Cruz de Malta, por la Cruz de la Cuaresma, la que luce en lo alto de la torre de la Iglesia Principal, nos toca el corazón y nos llama. Es la señal de la Fé y es la señal de la identidad de ser crevillentino.

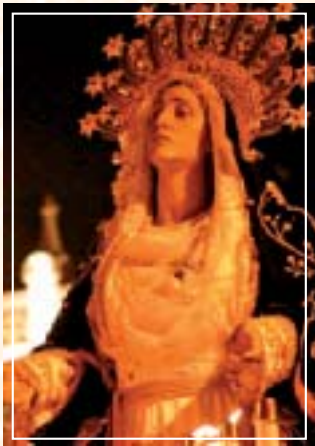
Una Fé y una identidad que los tiempos obliga a participar y compartir con todos aquellos que, procedentes de lejanos países, acuden a nosotros en busca de bienestar.

Esa Cruz significa que Crevillent sigue. Continúa su caminar, como hasta ahora, calladamente, acogiendo al emigrante, dando ejemplo de amor, dando cultura y tradición al mundo, dando hijos ilustres, dando calor, dando, sin límites, el fruto del sudor y del trabajo.

Crevillent sigue, como sigue su sierra y sus viejos barrancos: "Els Plans; el Pico de les Moreres; Els Llisos de Marxant". San Cayetano; Sanyuri; el Puntal de Matamo-



"Crevillent sigue permaneciendo leal a su esencia, integra en su tradición, que son, en definitiva, el abuelo, el padre, la madre, el hermano, desaparecidos en la materia, pero vivos en la condición"



“Y Crevillent seguirá trabajando, como ciudad industrial que es, ejemplo en España, porque el esfuerzo de su gente sobrepasa los límites de su geografía”

ros; los vértices geodésicos de tercer orden de Monte Alto; Caminanto, y el vértice de Crevillent.

Sábado de pasión, después de este pregón saldremos todos a la llamada del paso-guion de las procesiones.

Saldremos, atraídos por el sonido de las gigantescas bocinas, encumbradas en un trono obra de Policarpo Ramón. El tercer trono que soporta los portavoces del llamamiento.

Esas bocinas que llaman poderosamente mi atención de niño. Clarines y tambores les harán coro, y, nosotros, sentiremos que un año más, que en el año 2007, todo nuevamente sucede, como si el tiempo volviera a décadas anteriores, a siglos pasados.

Volveremos a sentir todo aquello que nos emociona cada año de nuestra vida, tornaremos a apreciar que, a pesar de todo, hay cosas que no cambian e invariablemente tornan a nuestro corazón.

Inconscientemente, buscaremos a nuestros abuelos, a nuestros padres, a nuestros hermanos, sin darnos cuenta de que la vida ha pasado, de forma inexorable.

Rebuscaremos entre la gente, nuestro corazón saltará por encima de sus cabezas, y la mirada se nublará en un gemido de perseverante realidad; porque han sido, mas no los encontramos. Porque muchos ya no están físicamente entre nosotros. A pesar de que apreciamos su presencia, fuerte, real, con su cierto olor melancólico de siempre.

Y la noche nos acogerá con ese sentimiento que confirma, que a pesar de todo, nuestros padres, siguen formando parte la condición de crevillentinos. Porque gracias a este pueblo, Crevillent sigue permaneciendo leal a su esencia, íntegra en su tradición, que son, en definitiva, el abuelo, el padre, la madre, el hermano, desaparecidos en la materia, pero vivos en la condición.

Vivos en las costumbres. Las tradiciones de nuestros padres.

Y así transcurrirá la semana. Entre la labor cotidiana de cada uno y los actos procesionales.

Desfilará el Domingo de Ramos, dejando atrás la Entrada de Jesús en Jerusalén, obra póstuma de Mariano Benlliure.

Crevillent tiene la rúbrica del escultor valenciano en su Semana Santa. Fue él quien dio forma a muchas de las escenas que marchan por las estrechas calles de su barrio antiguo.

Pasará el Martes Santo, con su silencio, y las antorchas sobrecogedoras escoltando el paso del Cristo, cuya Cruz es portada por

los penitentes. Una serena oscuridad dominará las estrechas calles medievales, en las que se agolpará la gente para ver pasar la procesión del Stmo. Cristo de Difuntos y Animas.

Acompañada por los cofrades, sólo se dejarán oír el golpeteo de un tambor y el cántico de una composición de siglo XVI, interpretada por un coro, como una saeta multitudinaria.

Llegará el Miércoles Santo, con uno de los momentos más esperados por los crevillentinos. La concentración de los pasos en el recinto de la plaza: los ecos afligidos de “La Oración del Huerto”; “El beso de Judas”; “El Lavatorio”; “La Cena”; “La Negación de San Pedro”; “El Santísimo Cristo de la Caída”; “San Juan”; “La Santa Mujer Verónica”; “El Prendimiento”; “La Columna: el Ecce Homo”, con la centuria de romanos que embriagó mi corazón de niño; “El Cristo de la Victoria”; “Las Tres Marías”; mi “Virgen Dolorosa”, envuelta en el “Stabat Mater” que cantará el pueblo...

Y recorreran, por lo tanto, obras de Pérez Figueroa, de Riudavens, de Jeriqué y Chust, de Carlos Rodríguez, de Antonio Parera, de Carlos Monteverde, de Juan García Yudez... Flotats, Carmelo Vicent, Garcia Talens, Navas Parejo... Mariano Benlliure. Y Crevillent seguirá trabajando, como ciudad industrial que es, ejemplo en España, porque el esfuerzo de su gente sobrepasa los límites de su geografía. Pero no se olvidará de hacer un hueco, a pesar del cansancio de la jornada, para asistir en familia, a los actos litúrgicos y, cómo no, participar en las diferentes cofradías.

Y herirá el Viernes el aire de la Villa, en la turbación de la espera del día más largo y hermoso.

Y van ustedes a permitirme que en este punto efectúe un alto. El Viernes Santo no se puede pasar disimuladamente. ¡Viernes Santo, el gran día!

De niño, en el caserón de la plaza grande, frente a la Iglesia, la ilusión se arropaba en el amor de mis tíos, Álvaro, Carlos, María Luisa, Mariángeles. Magros que, ya desde el cielo, contemplan con orgullo a su Crevillent del alma.

Después, en la casa de la calle Blasco Ibáñez, en la que vivían mis tíos Manuel Más Galván, y María Dolores de Leyva, a quienes he querido, y quiero, con verdadero sentimiento, y que, unidos en el Cielo al resto de mis antepasados, permanecen en esta Villa, formando parte de su esencia histórica.





En la madrugada, las rondallas y bandas de cornetas pasearán las populares "dianas"; esas dulces melodías que se funden en el silencio de la noche para marcar el inicio del día.

Crevillent despierta, despabila a la gran jornada. La música, esa cultura que impregna el alma de los crevillentinos, y les hace amar, como pueblo alguno ama, el ritmo, la bella amistad de voces e instrumentos de la que nacen dulces habaneras, sentidos cantos apasionantes himnos.

Son bandas, coros y cantores que prolongan el nombre de Crevillent más allá de las fronteras de nuestra España.

Hace unas semanas, sentado en la primera fila del templo, por ese privilegio que me concedía la Federación de Cofradías, tuve el honor de asistir al estreno del "Himnario", compuesto por el ilustre maestro D. Ramón Mas López, y a quien tuve la dignidad de saludar y reconocerle el profundo contenido de la obra.

Y, fue entonces, cuando vi frente de mí, como lo contemplo ahora, ese hermoso viejo órgano, modernamente restaurado. El que preside el atrio del templo.

Alguien "soto voce", comentó el alto respeto que Crevillent otorgaba a ese antiguo instrumento. "Solamente manos muy expertas tienen permiso para tocarlo", me confesaba.

Y recordé cómo presumía mi abuelo Francisco del viejo y familiar armonio de su pueblo, y de las veces que él lo tocara para la misa del domingo. Probablemente no se refería al actual. Seguramente se referiría a algún otro, quizás destruido en los tristes años de la guerra.

Crevillent es música, y la música es Crevillent. Música cada uno de los crevillentinos, música es el pueblo.

Su Semana Santa es música. ¿Qué sería de ella sin los coros, sin las bandas, sin un pueblo rezando entre cánticos?

Por eso, el primer acto de todo el Misterio es el Septenario. Ese Septenario en honor a Nuestra Señora de los Dolores, la que pronto será coronada. Sí, ayer nuestro Obispo Rafael nos dió la primicia: la Coronación Canónica de la Dolorosa de Benlliure, de la Virgen Dolorosa de Crevillent, la que ayer presidió el hermoso pórtico de lo que nos espera en la semana que viene. Los cantos de Marcelino Sempere, transcurrieron como cada año, dejándonos el sabor de lo añejo, el que nos arruga y, a la vez, rejuvenece.

Nos hemos emocionado. Pero seguimos el relato. Al amanecer del Viernes Santo, La Morquera es ocupada por una impresionante concentración de gente. Todos quieren presenciar, con fervor, el acto realmente más sentido por los crevillentinos: el abrazo entre la Madre y el Hijo, que ocurre duran-

"De niño, en el caserón de la plaza grande, frente a la Iglesia, la ilusión se arrojaba en el amor de mis tíos, Álvaro, Carlos, María Luisa, Mari Ángeles. Magros que, ya desde el cielo, contemplan con orgullo a su Crevillent del alma"



“Crevillent es
música, y la
música es
Crevillent. Música
cada uno de los
crevillentinos,
música es
el pueblo”

te la procesión camino del Calvario.
¡Cuánto fervor atesorado en un multitudinario grito de dolor!

“Viernes Santo en la mañana,
el Calvario rebullente,
con tanto Paso y la gente,
es digno de visitar;
como el enjambre se agrupa
salido de la colmena,
así la multitud llena
este bendito lugar”.

Son versos de Juan Martínez García, crevillentino. En 1937, cuando los escribe, era canónigo de la Catedral de Tudela. Su “Retablo Crevillentino”, es una expresión de amor al pueblo que le vio nacer.

Lo recuerdo con bastante claridad. Su figura adusta y alargada, seria en su presencia y afable en su trato. Imagen que se me antojaba como la de un alto y recio tronco; sotana en ristre hasta los talones, botonadura de predicador vertical y roja. Rostro afilado, rapada cabellera, mirada penetrante.

De niño, gustaba de sentarme a su lado, y procurar oídos a la apacible conversación, desenfadada, en ese valenciano de verdad, el valenciano de Crevillent. El habla que he saboreado de chico, y ha envuelto todas las evocaciones que la memoria es capaz de valerme, desde esa infancia peculiar que me regalaron los abuelos.

“Al promedio del Calvario,
y al centro de su avenida,
Jesús, y su Madre querida,
se disponen a encontrar;
óyese, ¡misericordia!
Es el pueblo que está al centro
que ha presenciado el encuentro,
viéndolos casi besar”.

En la Morquera, ocurre el milagro. Es allí, en ese lugar del corazón de Crevillent, en el que crecía el hisopillo, una planta con poderes medicinales, donde el pueblo se rompe en clamores, abrazos, coplas y lágrimas. Sentimientos indefinibles que brotan de la esencia de sus gentes.

Es el primer abrazo. Y también el primer dolor. Esa infinita amargura de nuestra Virgen amada, esta Madre que Crevillent lleva incrustado en el corazón, como una de sus divinas espadas.

Es cierto que la Virgen Dolorosa de Crevillent no derrama lágrimas. Os habéis dado cuenta de esto. Es un rostro tan golpeado por el sufrimiento que palidece su piel cenicienta; sus ojos cárdenos poseen una mirada incierta. Es el mismo dolor de cualquier madre; el humano dolor por la muerte del Hijo. Su propia muerte.

“Deshecha en un mar de llanto
buscas al Hijo amoroso.
Yo le perdí caprichoso.
¿Y no muerdo de quebranto?”

La fe y el entusiasmo remontan la penosa subida de la cuesta del Calvario. Elevan al cielo de Crevillent el espíritu del lugar, transformado en sudor. Corazones desprendidos a favor de un esfuerzo común que culminará, allá arriba, en el segundo abrazo.

Dos horas después del primer encuentro en el nuevo puente, Jesús y su Madre, esa maravillosa Dolorosa, señal realizada al fuego que es pasión por la tierra de nuestros padres, vuelven a abrazarse, en esa segunda entrega de dolor.

“¿Cómo tu angustia medir?
Contemplas el impropio,
a tu Hijo sin refrigerio,
y en tormento atroz morir”.

Tras ésta, la tradición exige que los participantes repongan sus fuerzas en un almuerzo único y peculiar.

Así dice Juan Martínez:

“Precisa la rapidez;
y aprovechar los minutos,
los instantes, los momentos,
para almuerzos suculentos,
y continuar otra vez”.

El “pà torrat”, se adueña de la Villa, convirtiéndose en el componente más genuino de la gastronomía de Crevillent: pa, bacallà i alls al forn, acompanyat de faves i cebes tendres. Vi del lloc.

Obviamente, una comida sin carne acorde con la fecha.

Y sigue versificando el reverendo:

“Siendo inmenso el ajetreo,
para trasladar los Pasos,
de peso no muy escasos,
del uno al otro lugar;

*reparando así las fuerzas,
con abundante comida,
sin prescindir la bebida,
para poder terminar."*

La participación de multitud de masas corales da color a la bajada del Calvario, en la mañana.

El pueblo se amontona en los márgenes del recorrido. Se empujan mujeres, hombres y niños, con la intención de ser los primeros en ver cómo descienden de lo alto de la loma los hermosos tronos, arte mecido por los sonos de los himnos corales.

Transcurren las imágenes, el arte manifestado de Crevillent. Aparece Nuestro Padre Jesús Nazareno, y al cabo, la sublime Doloresa.

El pueblo sale al encuentro. Quiere abrazarla. La envuelve, rodea el trono y en ese orden de respetuoso grupo, acompaña el dolor de la Virgen de Benlliure.

*"Amor, se escribe con sangre,
amor, las tres de la tarde".*

Reza y canta, mezclándose coros, gentes buenas, banda de música, porteadores, ardor de lágrimas..., hasta que en la plaza, frente a la Iglesia, se inflama, de nuevo, en el arrebató del tercer encuentro.

*"Bañado en sangre y sudor,
le encuentras sin Figura.
– Madre, ¿cuál fue tu amargura?
– Hijo, ¿cuál fue tu dolor?"*

Estalla el espíritu de las multitudes, y la tarde se deja caer apaciblemente.

*"Amor, ahí tienes a tu Madre;
amor, las tres de la tarde".*

Y Cristo entrega el alma al Padre.

*"Su Cuerpo yerto cuelga del madero.
Todo para Él ha sido consumado...
Sangran aún manos y pies clavados
Tras exhalar suspiro ya postrero."*

Las rimas de Luís Gallardo Espinosa, escritas en 1943, dan esplendor al luto. En el atardecer, la Procesión de la Muerte de Cristo. Los pasos del escultor Mariano Benlliure marcan tramo a tramo los caminos del centro de la villa, invadidas por un

absoluto silencio, quebrado, solamente, por los motetes y cantos de la pasión que interpretan las corales.

Y en Crevillent, todo concluye, incluso la Semana Santa desaparece en el paso implacable del tiempo.

Han sonado los últimos clarines en el crepúsculo de la Villa. El aire fresco de la anochecida; la mirada perdida en el cansancio. Una robusta palmera asciende hacia el tejado de la iglesia, se asoma por entre la muchedumbre que regresa de las calles.

Los hijos, los niños, mozos y adultos, han crecido en el ensueño de un pueblo enraizado en mil historias. En el corazón persisten y en el alma perduran eternamente.

*"Quedo sin mi dulce Amado,
no me llaméis venturosa.
¡Ay, una fúnebre losa
esconde su cuerpo helado!"*

Y ahora son mis tres hijas, mi mujer queridísima, escultora de sus vidas.

Ya Elena me aprieta la mano, cuando Ana explota en un suspiro de complacencia. Los grandes ojos azules de Paula en Crevillent de nuevo. Todas en su circunstancia. Las historias que oyeran de pequeñas revividas, un año más, en la realidad de la Semana.

Las Tres Marías bajan en su luto del Calvario. Son tres mujeres, como las tres hijas mías emocionadas. Ya hemos procurado, Teresa y yo mismo, como lo hicieran anteriormente mis padres y mis abuelos, interiorizarles el misterio del pueblo, su pueblo, el que guarda en su vientre el cuerpo de sus antepasados.

Gràcies, Crevillent. Gràcies per haver-me concedit l'honor d'estar hui ací. Notant l'amor dels meus avis i dels meus pares. De la meua llarga família que, des d'allí dalt, senten l'orgull d'haver estat capaços de transmetre la vanagloria de ser crevillentins.

Ara, isquem tots a la plaça. Escoltem el so de la Convocatòria, i seguim-la.

Perquè és la nostra Convocatòria. La nostra tradició i la nostra vida.

Que visca Crevillent, i que visca pels temps la nostra Setmana Santa.

Gràcies.

Gracias.

Francisco Mas-Magro y Magro



*"Gràcies,
Crevillent. Gràcies
per haver-me
concedit l'honor
d'estar hui ací.
Notant l'amor
dels meus avis i
dels meus pares.
De la meua llarga
família que, des
d'allí dalt, senten
l'orgull d'haver
estat capaços de
transmetre la
vanagloria de ser
crevillentins"*